

EL ZURRIACO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sablos ambulantes.

Pero suplico á El Progreso
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para La Cautora Social.

No imitaré vive Dios,
á ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar.
ni á la decencia faltar.

Y quien así no le crea
buen arreglo, que me lea.

AÑO III | PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre 1,50

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La correspondencia al administrador.

NÚM. 112

Pravia 20 de Marzo de 1904

DISCURSO

Pronunciado por D. JUAN BUJ, el día
13 de Diciembre de 1903

EN LOS LOCALES

DE LA LIGA CATÓLICA DE ZARAGOZA

CAUSAS DE LA CUESTIÓN SOCIAL

Conclusión

LA USURA

Pero, señores, el tiempo vuela y estoy abusando ya de vuestra paciencia. Voy á detenerme muy poco en la tercera causa que el Papa asigna á la cuestión social: es la usura.

Oprimido el obrero por tantas miserias que amargan su vida, en uno de los apuros imprevistos que de continuo acechan la casa del pobre, pide socorro; y allí, al punto, se le acerca la mano del prestamista, si es que el prestamista comprende que de algún modo se ha de cobrar, con una usura escandalosa, el anticipo de su dinero.

Aunque el obrero, á fuerza de sumar los jornales de su mujer, de sus hijos y el suyo propio, haya podido adquirir algún objeto necesario para la vida, ropas, camas, mesas, sillas, si la mano del prestamista aparece, todo, todo le irá atrapando, y el obrero se convencerá pronto de que, á cambio de un alivio momentáneo, ha tenido que desprenderse hasta del lecho en donde descansaba. La usura, señores, como las epidemias se ceba en la miseria.

Es una araña gigantesca y venenosa que teje y tiende su tela por toda la nación, de malla tan sutil, que ningún ser débil deja de caer en ella; sólo logra escapar el que la rompe.

Muchas veces habréis observado como yo ese insecto escondido detrás de la red que ha tendido

en una habitación abandonada, en un lugar obscuro, donde quiera. La araña está en acecho, el pobre insecto que vuela por las proximidades, seducido por los primores de aquella tela tan magníficamente labrada, se deja caer. Pronto observa que sus patas se traban, y se agita; agitación que no sirve de otra cosa que de advertir al enemigo su presencia. La araña sale cautelosamente, se lanza sobre su víctima, que no suelta hasta haberla chupado todas sus entrañas.

Y vuelta al escondrijo, y vuelta á empezar.

El avaro es la araña social. Tiende también sus redes: ¡desgraciado del que en ellas cae!, no se ve libre hasta que el prestamista le ha chupado toda la sangre.

Daos un paseo por las casas de préstamos, señores, y volveréis á vuestras casas asustados ante un estado social tan deplorable, que bajo apariencias tan fastuosas encierra miserias incomprensibles, espantosas degradaciones.

Hay que remediar tanto mal, para lo cual no basta pronunciar discursos ni escribir artículos periodísticos.

La acción social católica es muy pobre. Hay que activarla.

Tened fe. Mirad á Zaragoza, por no deciros, mirad á España.

¿Qué veis?
Muchas almas muertas, dentro de otros tantos cuerpos vivos.

Yo os digo: resucitad esas almas, infundidles el espíritu de Cristo para que revivan.

Un profeta vió en visión un campo espacioso lleno de huesos áridos y secos.

El Señor le dijo: ¿piensas que revivirán estos huesos?

Y el espíritu de Dios pasó por aquellos huesos.

Y profetizó sobre los huesos áridos y secos, y se fueron uniendo los unos con los otros, se cubrieron de carne y nervios y piel finísima como la de un niño.

Mirad, señores, también esos campos extensos, en donde se desenvuelve la vida obrera, y no ve-

réis sino esqueletos de una vida que fué.

Y os pregunto: ¿pensáis que revivirán esos esqueletos?

No lo dudéis: invocad el espíritu de Dios, llenaos de ese espíritu, y soplad sobre esos muertos.

Yo os aseguro que resucitarán, y toda carne glorificará al Señor.

La crisis obrera

III

Efecto de esa fiebre industrial que hemos padecido, ha sido dar ocupación de repente á tan considerable número de brazos, que creó una situación verdaderamente anómala y hasta perjudicial, aunque otra cosa parezca; pues alterando de modo tan brusco el equilibrio existente entre la demanda y la oferta de trabajo, produjo desviaciones sacudidas, una momentánea á favor del obrero, que se consideró con esto invencible y capaz de imponer la ley al patrono, y otra, por desgracia, duradera y funesta para el trabajador, que sufre hoy un desengaño tanto más cruel, cuanto más risueñas y doradas eran las ilusiones que se había forjado.

La construcción simultánea de vías férreas, canales y saltos de agua, fábricas de luz eléctrica, azucareras y tantas y tantas otras industrias, como se han implantado últimamente, exigían mucho mayor número de obreros del que las respectivas localidades podían ofrecer, y, para conseguirlos, se apeló á todos los medios, se enviaron emisarios á otras regiones donde escaseaba el trabajo, se ofrecieron salarios fabulosos, se rebajaron las horas de jornada, y, en una palabra, se mimó á los obreros, y se les dió cuanto pedían á trueque de tenerlos contentos para que no escaseasen y las obras pudieran terminarse en los plazos calculados.

Todolo cual, utilizado hábilmente por cuatro embaucadores, les sirvió á maravilla para dominar la situación haciendo ver al obrero que todo el bienestar de que gozaba, que esos aumentos de salario y disminución de horas de trabajo, con todas las demás consideraciones que se dispensaban al trabajador, eran conquistas del socialismo, consecuencia necesaria y legítima de la asociación, y nada más que el primer paso de los que habian de dar para la emancipación completa del proletariado.

Pero el desengaño no se hizo esperar.

Las vías férreas que ocupaban miles de hombres para su construcción, una vez construidas sólo dan ocupación á muy contado número de individuos.

Y esto mismo ocurre en mayor ó menor escala con las azucareras, fábricas de luz eléctrica, etc., etc., y aquí tenemos ya una causa lógica natural, y hoy por hoy inevitable para que la crisis obrera se sienta tanto entre nosotros: el haber desaparecido las ocupaciones que motivaron tan gran demanda de brazos.

Pero hay más: muchas de esas industrias apenas se pusieron en explotación han fracasado, y hoy se hallan cerradas muchas fábricas que sin el fracaso darían trabajo á gran número obreros.

¿Por qué fracasaron esas industrias?

Algunas por temeridad en quienes las han acometido, porque eran negocios ruinosos que jamás debieran haberse emprendido.

Otras, las más, por falta de dirección, por incompetencia y torpeza de sus directores. Personas inexpertas é indoctas se ponían al frente de industrias que exigen profundo estudio y larga práctica, y, como es consiguiente, fueron necesariamente de error en error, de torpeza en torpeza hasta la ruina de la industria y de las familias que incautamente habían entregado su dinero á quien no supo emplearlo como debía.

Y ya se sabe que si apenas hay negocio malo puesto en buenas manos, es innegable que el negocio mejor fracasa y se convierte en un desastre cuando falta acertada dirección.

Por último, otro factor muy importante ha contribuido al cierre de esas fábricas, y á que muchas de las que actualmente funcionan arrastren una vida precaria; y ese factor se debe á los mismos obreros que con sus exigencias han creado un estado de cosas imposible de sostener, y causado á sí propios y á los patronos, sus favores, pérdidas enormes.

Y esto es sobre lo que conviene fijar bien la atención, porque es precisamente lo que se esfuerzan en negar los mal llamados representantes del obrero. Pero es inútil. La verdad se impone, y, aunque sea amarga y triste, hay que reconocerla.

Muchos obreros ya la reconocen, ya están persuadidos de que han sido víctimas de necias y descabelladas predicaciones. Comprenden que han ido muy allá en sus locas pretensiones, y en que por el camino emprendido no es posible continuar. Pero, como hay muchos que aun no se han desengañado, del todo al menos, conviene dejar bien sentado que los obreros son en gran parte culpables de la actual crisis obrera, como demostraré en el próximo número.

LA VICTIMA

El periodista católico es hoy el ser más digno de lástima que puede imaginarse, si sólo atendemos al pago que recibe en el mundo. Este ha sido siempre injusto, pero en el día lo es, más que con nadie, con el periodista que pone su pluma á disposición de la buena causa, de la Religión cristiana. No es ésta una impresión exclusiva de los zurriaguistas, á quienes tampoco faltan motivos para lamentarse, no; en muchos colegas de diversos puntos de España hemos leído estos días observaciones semejantes á las expuestas, con motivo de la condena del gran propagandista católico Sr. Clavarana, Director de *La Lectura Popular*, tan querida y vulgarizada en toda la península.

Ese infatigable campeón de la prensa católica escribió en su periódico hace tiempo, cuando Canalejas explotaba tanto la para él mina del anticlericalismo, un artículo donde decía algo que consideró injurioso para su respetable persona el endiosado político, inspirador del *Heraldo*, de ese periódico que le en tantos lamados católicos, y que es uno de los que más se distinguen en la tarea innoble de arrastrar por los suelos á los sacerdotes, á los religiosos, á

cuantos se destacan por su adhesión al catolicismo.

El Sr. Canalejas, llevado de su vanidad de mujer, sin pensar en que, como él sabe perfectamente, la violencia en los artículos periodísticos de combate se halla siempre disculpada por la rapidez con que se hacen esos trabajos; olvidándose de que su órgano, el aludido *Heraldo* arremete casi á diario contra todos los que no quemán incienso ante los altares del vanidoso político que le inspira; olvidándose de que sus arremetidas contra la Iglesia explican en un sincero católico respuestas acaloradas, que jamás pueden reunir las condiciones exigidas para constituir el delito de injurias; el señor Canalejas, digo, como si jamás hubiera roto un plato, como si no hubiera dado mil veces motivos para que los verdaderos católicos que pueden manejar una pluma, le contestaran con inusitada violencia, llevó al Sr. Clavarana á los tribunales...

Y éstos condenaron al insigne periodista, que se ha marchado al destierro, quedándose el vanidoso y tornátil político tan satisfecho, considerando que si no ha podido acabar con los frailes, á lo menos consiguió que fuese condenado el Sr. Clavarana...! Y aun habrá mentecatos que tengan á ese Canalejas por hombre de sentimientos levantados!

Comentando este caso, la condena del distinguido propagandista cristiano, los periódicos católicos de todas las provincias de España coinciden en sus observaciones sobre la situación verdaderamente nada digna de envidia del periodista católico en España. *El Correo de Andalucía*, de Sevilla, *El Ancora*, de Pontevedra, *El Popular*, de Gijón, *El Carbayón*, de Oviedo y otros muchos, convienen en lo dicho al principio de estas líneas: en que es bien poco agradable, vista de tejas abajo, la condición de los periodistas católicos. Injuriados, calumniados diariamente por los anticlericales, sin que nada en ellos sea respetado, ni su vida privada, ni su familia, ni nada de cuanto con ellos se relaciona, si vuelven la vista á los que debieran ser sus amigos, sus alentadores, á los católicos, no encuentran generalmente más que desvío, indiferencia, hostilidad encubierta, ya que no una enemiga que no puede explicarse, un odio que resulta un misterio.

Los sectarios, continúan diciendo los queridos colegas mencionados, atacan violentamente, con crudeza inhumana á los periodistas católicos, y entre los que van á misa, apenas si unos pocos les prestan decidido apoyo. Unos se quejan de que el periódico resulta poco religioso, otros de que parece el Boletín de una cofradía; éstos de que no rechaza con la extensión debida los ataques de los sectarios, aquéllos de que se entretienen en polémicas con los anticlericales,

de las cuales nada se saca; si anuncian obras literarias y de teatro, se les dice que cooperan al mal, si no las anuncian se quejan de que el periódico sólo habla de funciones religiosas, como si los lectores no necesitaran vivir en el mundo...

Y cuando después de pasar varios lustros en tales circunstancias, recibiendo golpes terribles de los sectarios y dolerosas é infundadas censuras de los católicos, gastando en la tremenda lucha contra tan varios elementos, sus energías, su dinero, su salud, su tranquilidad; cuando después de una vida tan ingrata llega el periodista católico á caer en manos de algún sectario, vese abandonado de los buenos y sometido al general y espantoso clamoreo de los enemigos de Cristo.

Sí, es muy triste la situación del periodista católico en nuestra patria; él es la víctima de todas las pasiones, de todas las concupiscencias, de todas las hipocresías, maldecido de unos, calumniado por los de más allá, vituperado por los buenos, ó de ellos abandonado, y sólo alentado y bendecido por el representante de Jesucristo y por los sucesores de los Apóstoles....

Pero eso basta. ¿Qué más quiere el periodista católico? Es víctima, pero también lo es la Iglesia y lo fué Cristo....

X. Y. Z.

APRENDE, VIGIL

Dice un periódico, hablando del duelo entre Blasco Ibáñez y un teniente, y aludiendo á que el Ministro de la Gobernación no supo nada de ese lance, anunciado por la prensa toda:

«Esto es verdaderamente bufo y demuestra una vez más que los encargados de hacer cumplir las disposiciones del Código padecen de cataratas cuando se trata de ciertas personas.»

Por completo conforme.

Si se tratara de un pobre ó de un cura ya se enteraría á tiempo la autoridad.

Como si lo viera.

Sigo leyendo:

«Pero es más bufo todavía el que los contendientes, que antes del encuentro se odian á muerte, después de verificado éste resulten de golpe y porrazo amigos cariñosos y salgan del campo del honor dispuestos á correr una juerga juntos... y hasta á pedir la reposición en el empleo del *tenientillo* tan maltratado poco antes, como ha hecho el Sr. Blasco Ibáñez.»

Y sigo estando perfectamente conforme con el que dice.

Esos duelos son lo más bufo que se puede imaginar.

Continúo en mi lectura:

«Después de todo, esto no pasa de ser una de tantas mentiras convencionales de la sociedad burguesa, con las cuales nadie está conforme, pero que casi todos dejan circular libremente.»

He dicho que estoy conforme y lo repito.

Eso de los lances de honor es una mentira convencional de la sociedad burguesa, donde tanto abundan esas mentiras.

Paso á otro asunto en el mismo periódico, y, tras de unas líneas donde se pregunta si no existe una ley sobre el trabajo de los niños, leo:

«Porque de existir semejante ley, no se hubiera permitido en la propia villa y corte la exhibición de un sexteto musical formado por niños de seis años, que estarían mucho mejor descansando en sus casas, que no haciendo las delicias del público á altas horas de la noche en uno de los principales teatros de Madrid.»

Pero si estoy equivocado, y esa ley no existe, entonces ustedes dispensen, y hagan cuenta de que no he dicho nada.

Y puede el sexteto continuar.»

Sí, señor, esa ley existe.

Lo que no existe es otra cosa que se necesita para que las leyes buenas no sean las únicas que no se cumplen...

¿El periódico donde les todas esas buenas cosas?

Pues *El Socialista*.

Aprende, Vigil, á decir en tu *Escupidera* algo más que groserías.

Y convénete de que te zurramos los zurriaguistas por tonto.

Y que te aplaudiríamos, como aquí á *El Socialista*, si dijeras algo razonable.

SOBRE UN FOLLETO

Pero, señor, ¿quieren ustedes hacer el favor de decirme cómo debe conducirse EL ZURRIAGO para que sus detractores no tengan peros que oponerle?

Primero se dijo que el papelin de Pravia era un apéndice de *El Carbayón*, una válvula de desahogo de aquel diario Ovetense; y, si le aludía aunque fuese muy indirectamente, que era para hacer propaganda á su favor; y, si le atacaba, que era para despistar y hacer ver á los incautos lo contrario de lo que es la realidad.

Ahora ya han cambiado de táctica mis enemigos: les conviene adoptar otra actitud y de frente la adoptan sin dilaciones ni rodeos.

Ahora les conviene, al parecer, que EL ZURRIAGO tenga naturaleza distinta de la que tiene *El Carbayón*, y ya invocan mi autoridad en contra de los hombres del *Correido*.

¡Tiene gracia la ocurrencia!

¡Ahora, según esos perspicaces observadores de lo que no les importa, resulta que EL ZURRIAGO no vió con buenos ojos el nuevo folleto de D. Maximiliano Arboleya titulado EN LAS GARRAS DE CUATRO DOCTORES, BUYLLA, SELA, POSADA Y ALTAMIRA!!...

Y todo ¿saben ustedes por qué?

¡Porque dije que no reflejaba por completo el criterio de EL ZURRIAGO en una carta de Avilés publicada por mí en el número anterior y dedicada á comentar aquel folleto!

¡Por vida del ocho de bastos!

¡Conque no, eh?

Pues sí, señor, á mí me ha parecido bien, reteniéndolo, que el Canónigo Apologista de la Catedral de Oviedo haya contado por medio de ese folleto el calvario que le han hecho recorrer esos pretendidos sabios de nuestra Universidad, sin otro motivo fundado que el de no sufrir que nadie les vaya á la mano á los conspicuos pedagogos en sus campañas sectarias, y en sus groseros é injustificados ataques al Clero y á la Religión.

Pública y notoria es la funesta influencia que esos sabios de *dou-ble* vienen ejerciendo en toda la provincia, por sus extravagancias propaladas de palabra y por escrito con ardor y entusiasmo dignos de mejor causa; público también su desmedido afán de invadirlo todo, de mangonearlo todo, y de censurarle todo, si no lleva el marchamo de su escuela, el sello de su escepticismo.

¿Cómo, pues, no había de gozarme yo con el revolcón terrible que el Sr. Arbolea les ha dado desde *El Carbayón*?

¿Cómo no había de celebrar con transportes de alegría el gran triunfo obtenido por este mismo esforzado campeón de la buena causa, contra la desacreditada ciencia de tales sabios en la Audiencia y en el Tribunal Supremo.

¿Cómo, en fin, no había de aplaudir con entusiasmo el que un sacerdote católico, perseguido por sectarios y por ellos calumniado, volviese por su honor y su buen nombre publicando la historia íntegra de su hoy glorioso procesamiento, y desmintiendo las mil patrañas inventadas con la sana intención de hacer odioso su nombre á los ojos del verdadero pueblo creyente y fiel?

No, y mil veces nó.

EL ZURRIAGO ha visto con buenos ojos, EL ZURRIAGO aplaude sin reservas la conducta y los escritos del Sr. Arbolea en contra de los pedagogos, de esos funestos hombres que inflados por su vano saber, no sólo están causando daños á la Iglesia con sus doctrinas, sino que á la vez fomentan y amparan y dan alientos á una juventud indocta y corrompida que tanto más alardea de impiedad é irreli-gión cuanto que sabe que por ese camino contrae méritos para hacerse simpática y recomendable á los ojos de quienes pueden darle lo que busca y ambiciona.

¿Quién duda que todos esos jovenzuelos mal educados que escriben en *El Progreso de Asturias* y en otros papeluchos de igual ralea, rezumando grosería é irreli-gión por todos sus poros, no emplearían ese lenguaje si supieran que con ello no agradaban á los conspicuo-

ni hacían méritos para obtener brillantes notas á fines de curso?

Por eso estimo que es benemérito cuanto se haga por desenmas-carar á esos super-hombres funestos para nuestra sociedad. Por eso creo que el folleto del Sr. Arbolea merece ser leído y divulgado y difundido por todas partes en donde haya un solo admirador de los pedagogos, ó uno solo que desconozca ó dude de los males sin cuento que á nuestra juventud están causando esos escritores que, según expresión de *Clarín*, «no se hicieron cargo de que vivían de su secreto» (del de *Clarín*).

Histerismo

Y VA DE... HISTORIA

Que no de cuento, aun cuando lo parezca lo que voy á relatar.

Ello es que hablan por ahí de la gracia y de la travesura de los malagueños, pero *pa mí* que la de tan simpáticos andaluces es nada comparada con la de los guasones ovetenses.

Verán ustedes un caso y díganme por su vida si esto no es el colmo de la gracia.

Anda por la ciudad de Fruela un pedantuelo que sabe de todo, que habla de todo, que parece un diccionario enciclopédico, aunque con muchísimas erratas.

Ese tal se mete en todo, incluso donde no le llaman, y es claro que en cuantas conversaciones se desarrollan á su alcance.

Que se habla de acorazados, pues allá mete mi hombre el remo, diciendo unas cuantas necedades sobre tales máquinas de guerra.

Que se menciona un tema militar, pues id., id., id.

Que se habla de medicina, pues lo mismo.

Y así de todo.

No hay asunto de que no hable, como si fuera un maestro, ni sobre el cual no suelte más despropósitos que palabras.

Hace poco, en cierta botica, á donde acude con el piadoso objeto de entretener á los contertulios, hablóse de histerismo delante de mi héroe.

El cual se metió en seguida en el lío, diciendo las tonterías y los disparates que por clasificación le correspondieron.

Uno de los asistentes no pudo por menos de tomar la cosa en serio y le dijo.

—¿Qué cara... coles entiende usted de estas cosas? Usted si sabe echar responsos es todo lo más...

A lo que repuso valientemente el interfecto:

—Páguen ustedes la lección y les doy una conferencia sobre ese punto, sobre el histerismo.

Es claro, la propuesta fué aceptada en el acto y se convino en

dar al pedantuelo 150 pesetas por la prometida conferencia.

Convenida así la cosa, el domingo pasado, en el local de una academia de lenguas vivas, dirigida por el preopinante, reuniéronse bastantes guasones á oír la lección estipulada sobre el histerismo.

Asistieron siete médicos, de los cuales uno fué nombrado presidente de la reunión, así como otro caballero, no menos oyente y no menos guasón que el tal médico, fué nombrado depositario de los treinta duros del ala, que entregaría al conferenciante si cumplía bien.

Abierta la sesión, el orador abrió su boca y no eran chaparrones de *histericu* los que por ella salían!

Explicó á su modo, aunque hablando en pedantigo perfecto, es decir, citando muchos autores raros, lo que es el histerismo.

Después demostró que era más común en la mujer que en el hombre, aun cuando en éste se da alguna vez.

Distinguió minuciosamente el histerismo de la mujer pública del de la mujer privada, y añadió que también lo padecían los soldados.

Un militar, que allí estaba, pidió la palabra con objeto de preguntar al conferenciante si en su opinión los soldados no eran hombres.

Durante la conferencia, que fué muy larga y muy graciosa, oyéronse muchos aplausos y sonoras carcajadas.

Como éstas llegaron á ser muy estrepitosas, el Sr. Presidente expulsó del local á varios individuos, lo cual fué celebradísimo por todos.

Terminada la conferencia empezaron las objeciones de los circunstantes.

Cuando, á juicio del depositario, el preopinante no resolvía bien el argumento, levantábase preguntando:

—En vista de que la objeción no quedó bien resuelta, ¿cuánto se rebaja de lo estipulado?

—Cinco pesetas—contestaban los paganos.

Así fueron descontando hasta reducir á cincuenta pesetas los treinta duros.

Durante las objeciones los oyentes azuzaban al disertante, echándolo á los que argüían, con frases lindísimas.

—¡Anda ahí! ¡hala! ¡duro en ellos!

Muy cerca de dos horas duró el espectáculo, concluido el cual se entregó al disertante el billete de diez duros.

¡Y dicen que era falso!

Excuse decir que el pedantuelo quedó en soberano ridículo y que en Oviedo no se habla de otra cosa más que de la broma estupenda con que unos solemnísimos guasones se burlaron tan donosamente de ese pobre diablo.

Al cual creo yo que han hecho un favor muy grande.

Pues no echará la lección en saco roto y en adelante procurará no meterse en camisión de once varas.

De lo cual me alegraré muchísimo, pues para mí aun los pedantuelos son prójimos carísimos.

Y siento que seburden de ellos los guasones.

Palabra.

Cuentos sociales

RISA Y LLANTO

I

...Y una en los dorados pliegues de una nube que el sol arrebolaba y otra en los oscuros girones de una nube tenebrosa, aquella riendo y ésta llorando, abandonaron la gloria y llegaron á la tierra.

Triste fué su despedida. Acaso no volverían á verse; acaso, si se encontraran, no se reconocerían. La Riqueza, compadeciéndose de su amiga, se envolvió en su purpúreo manto, empuñó el cetro de nácar, y, torciendo hacia la izquierda, comenzó su peregrinación, riendo...

La pobreza, débil y humilde, envidiando acaso á su amiga, se arrebujo temblorosa en sus miserables andrajos, empuñó el toco cayado que de sostén le servía, y, torciendo á la derecha, comenzó su peregrinación, llorando...

II

Donde quiera que la Riqueza ponía su augusta planta, brotaba el oro, retorciase la envidia, se destacaba el placer.... Y todo riendo...

Con la sola esperanza de su aparición, el avaro no dormía, el pobre no sosegaba y soñaba el criminal.... Y todo riendo...

A través de los esplendorosos fulgores que la cercaban, destacábanse palacios, resplandecían rubies y fulguraban la opulencia con su cetro de diamante, la gula, insaciable, sibarítica, asquerosa, y la orgía, coronada de flores y haciendo alarde impudente de degeneración y locura.

Y en los esplendorosos fulgores que la cercaban, vibraban las ilusiones, aleteaban las esperanzas... Todo reía...

III

Donde quiera que la Pobreza sentaba su triste planta, surgía el hombre, silbaba el frío, temblaba la desnudez. Y todo llorando...

Ante el temor de su aparición, desesperábase el avaro, el rico no sosegaba, el tratante no dormía... Y todo llorando...

Ella, escondidos en sus miserables andrajos, llevaba el desprecio, el abandono, la muerte...

Y también la esperanza y la ilusión y el cielo.

Pero el mundo, anhelante, loco, corría tras la Riqueza, ambicionando sus dones... Y reía...

Solamente unos pocos, muy pocos, excéntricos acaso, marchaban tras la Pobreza, apeteciendo sus males... Y lloraban...

IV

Por fin, se encontraron en su viaje; la una, envuelta en púrpura; la otra, arrebujaada en andrajos.

Lu Riqueza ya no conoció á su amiga. La miró, y siguió su camino... Y reía...

La Pobreza, humillada, prosiguió el suyo, llorando...

V

...Y una en los dorados pliegues de una nube que el sol arrebolaba, y otra en los oscuros girones de una nube tenebrosa, terminada su misión sobre la tierra, volvían al cielo.

La que se envolvía en los dorados fulgores de la nube arrebolada, era la Pobreza.

La que se ocultaba en los oscuros girones de la nube tenebrosa, era la Riqueza.

Y al revés que á la venida, al reír que durante su camino, al volver á la patria, la Pobreza reía...

Y la Riqueza lloraba...

C. Cabal

De La Felguera

Dicen los maliciosos que en la memorable huelga de Mayo se extendió la partida de defunción del Centro ácrata *La Injusticia*.

Mucho maliciar es eso, pero yo que no soy malicioso ni mucho menos, dije siempre y digo ahora que esa partida debió haberse firmado por lo menos con un año de anticipación á la huelga.

Con lo cual excusado es decir que todos tendríamos unas caras como unas Pascuas.

Hemos sido unos insensatos creyendo á pie juntillas en las tontas promesas de cuatro vocingleros, y como tales hemos pagado, porque á la culpa sigue siempre la pena, como á un discurso del Sr. Sela, por ejemplo, sigue indispensablemente la necesidad de bostezar á boca tendida.

Pero á lo hecho pecho, y al que le pique, que se rasque, y si le resqueña que se aguante, ó si no, que se vaya al Centro á presentarnos las piruetas de los acróbatas, ó las monadas de los payasos...

Porque bueno es que sepan los lectores, que á falta de sesiones, juntas y mitins, no ha escaseado en nuestro centro otro género de funciones que hicieron las delicias del pueblo y de los muchachos con algunos más.

En efecto; los infelices que manejan el cotarro de la *Injusticia*, viendo que los obreros no respondían á sus reclamaciones y á sus cariñosas y desinteresadas invitaciones, acordaron ceder en alquiler su local á una sección de cómicos de la legua.

Con lo cual dicho se está que los conspicuos de la *Injusticia* se metieron unas pesetejas en los bolsillos, las cuales ó mucho me engaño, ó les vinieron como pedrada en ojo de boticario, ó como mendrugos en estómago hambriento.

Porque, es lo que se dirían esos conspicuos cuchicheando entre sí: señores, á la ocasión la pintan calva; conque ojo y destreza, y el que la pille por un cabello

que nola suelte ni para pronunciar un discurso... Y á quien Dios se la dé, S. Antonio se la bendiga.

Por otra parte, no hay duda ninguna de que bajo la modesta blusa se ocultan muchas veces verdaderos ingenios, como debajo de las cenizas se esconden las ascuas....

Y claro que esos ingenios y esos pensadores saben pescar las cosas al vuelo.

Pero yo aquí me refiero á los *pensadores* que se estilan por La Felguera (1) en el sentido material del que ejercita su pensamiento.

Pues bien este linaje de pensadores puede decir lo siguiente: *Yo como obrero falto de conocimientos sociológicos y demás, digo que la religión católica es la religión del Estado*, ó esto otro que viene á ser lo mismo: «Yo como obrero seleccionado, falto de trabajo y demás, digo que todos los obreros deben unirse para luchar contra el capital y sus lacayos, depositando mensualmente una peseteja en las arcas del Centro, suma que será religiosamente administrada y aplicada incontinenti á remediar graves y urgentes necesidades»...

Lo cual nadie me negará que está clara y perfectamente dicho.

Pero los obreros tan remolones como siempre. Se han tornado tan escamones y ariscos, que es cosa que no se puede encarecer.

Están convertidos en unos misántropos de tomo y lomo, y como el monje iba del coro al caño, y del caño al coro, así los obreros van de casa al taller y del taller á casa, sin dárseles un comino por todos los centros, como no sea el centro... de sustentación.

Con esto los de *La Injusticia* están que trinan y echan chispas, como pederual herido por el eslabón, y andan de casa en casa en actitud compungida, y suplican, y lanzan unos manifiestos que ya, ya, y pasan unas rabieta y tragan unas bilis...

Pero ellos, los obreros, tan duros, tan impenitentes, tan imposibles, tan *eshuges*, y diciendo, con sorna, al propio tiempo que con el dedo índice abren desmesuradamente el ojo derecho:

Os veo, besugos... ¡Ah maliciones!

Pero por Dios, señores obreros, tened compasión de los angelitos de *La Injusticia*. ¡No veis los sacrificios que por vuestra causa se están imponiendo? No comprendéis que por horror al *dios capital* hace ya una barbaridad de meses que no cobran un céntimo? ¡No consideráis que para atraeros al verdadero redil se están derritiendo los sesos, y á fuerza de cavilar os han obsequiado con una proclama que ni una empanada de jamón en dulce?..

Y todavía no os chupáis los dedos de gusto?; ¡Y todavía vuestro corazón persevera obstinado? Hasta cuándo, ingratos, hasta cuándo?..

Desde luego digo que tenéis unas entrañas más duras que un alto horno con carga; pues al fin éstas se derriten á fuerza de fuego.

Las vuestras.... ¡ni con melinita!

Pero ya veo que uno de los obreros retraídos, socarrón como el solo, me sale al paso diciéndome: *Señor seleccionado*, tenga la bondad de reportarse. Qué le va á usted, ni qué le viene con que nosotros los obreros vayamos ó no á la *Injusticia*, depositemos ó no nuestra peseta en el fondo de reptiles del Centro? Con sus quejas y sus clamores no parec sino que le están arrancando el alma, ó que es usted el candidato oficial para la administración de esos fondos?

—Hombre, por compasión, por humanidad, por altruismo...

—Ta, ta, ta, déjese usted de esas monsergas, que estoy empachado de esos ter-

(1) ...entendiendo siempre la palabra *pensador* en el sentido, etc., (luminosa aclaración hecha por un ácrata desde el destierro).

minachos y no permito que en mis propias barbas....

—Lo comprendo, pero... no se puede hablar de otra manera, porque á lo mejor se expone uno á que no le entiendan.

—Ca, hombre, cá, hable usted en cristiano; diga usted, por caridad y... punto concluido.

—Pues qué, no fué, á fuerza de repetir esas monsergas en mitins, y á fuerza de leer esos revesosos términos en periódicos, revistas y folletos, como nosotros llegamos á convencernos de que íbamos á tocar el cielo con las manos? Y qué sucedió? En qué pararon aquellos arrestos?

—Usted dirá, que yo no recuerdo bien...

—Pues que unos, muchos, se toparon con el cielo... raso, y otros con el cielo... de la boca que se abría por el hambre...

—Hombre, sí, así fué en efecto.

—Pues entonces?...

Un seleccionado

El desafío

En mi primer número lance el siguiente:

«Usted, perínclito Vigil, no sabe lo que es el socialismo.

Y le desafiamos á que nos demuestre lo contrario.

Usted no sabe defender lo que afirma en su semanario, respecto al socialismo y á la Religión.

Y le desafiamos á que nos demuestre que no estamos en lo cierto.

En el socialismo hay cosas buenas, que los católicos aplaudimos.

Pero hay absurdos tan grandes como la pedantería de usted.

Todo lo que de justo, racional y provechoso para los obreros tiene el socialismo, está tomado de las enseñanzas católicas.

Y todo lo que la Iglesia condena en el socialismo, es brutal, absurdo, desfavorable á los obreros.

Por tanto, combatir la Religión católica para defender á los obreros, es como quitarse la ropa para quedarse uno más abrigado.

A discutir todo esto le desafiamos nosotros, compañeros Vigil.

O usted acepta, ó queda inutilizado para seguir escribiendo esa *Aurora* donde está engañando á los obreros.

¿Acepta usted?..

Y añadía yo después de haberme puesto tan serio, pues la cosa no era para menos, que si Vigil no contestaba en su semanario aceptando el reto, éste saldría todas las semanas en mis columnas.

Vigil no acepta; por eso lo repito hoy y lo repetiré en los números sucesivos.

Hasta que ese concejalillo recoja el guante.

O hasta que los obreros acben de perecer toda esperanza en quien tan cobardemente huye.

He dicho.

CORREOS

Pues señor vivimos mejor que en Jauja.

Hace seis meses que de esta Administración de EL ZURRIAGO se remite semanalmente por correo un paquete de 25 ejemplares á D. FAUSTINO ALVAREZ, PRESBITERO.—NOREÑA, CARBAYÍN. Así dice la dirección.

¿Querrá creer el Sr. Administrador de Correos de Oviedo que, según carta que tengo á la vista, hasta el 11 de Marzo no había recibido un solo paquete el destinatario?

Y ¿querrá creer también que, según informes, los paquetes llegan sin novedad á la estación de Carbayín?

¿Querrá, por último, creer el propio señor Administrador que el D. Faustino

Alvarez, vive á las mismas puertas de la cartería de Carbayín; y que, á pesar de ser sacerdote, NO ES CONOCIDO por la persona encargada de la correspondencia?

Y digo encargada, porque el que figura como cartero, es un testafarro, que ni siquiera vive en el pueblo.

Al frente de la Cartería está una mujer de tanta confianza como puede suponerse por lo que queda apuntado...

Y ahora pregunto yo: ¿quién debe abonar el importe de esos paquetes que no llegaron á su destino por culpa de la mal llamada cartería de Carbayín?

¿Es ju to que los pague quien no los ha recibido? ¿Ha de perderlos la Administración de EL ZURRIAGO?

Y ¿debe continuar la cartería de Carbayín en manos de quien así abusa de su impunidad?

Ya veremos si las justas quejas que formulo son en todo ó en parte atendidas por quien corresponde, como espero.

De ello prometo enterar á mis lectores; y si preciso fuese al Sr. Director General de Correos, que como paisano no tolerará seguramente abuso y cinismo semejantes...

Zurriagazos

Los obreros están de enhorabuena.

Todo eso de la crisis por que atraviesan tiene un sencillísimo arreglo.

Bástales á los trabajadores para no sentir hambre leer *La Aurora Social* que tantas almas salva del infierno de la vida...

Pues si así es ¿por qué se queja Vigil?

¡Ah! Sí, se queja porque el Párroco de Carrio en Laviana advirtió á sus feligreses que negaría la absolución á los que lean *La Aurora*, y esto, como ustedes comprenderán claro que está muy bien advertido, y por ello merece plácemes el celoso Párroco; pero á Vigil no le gusta.

Y no gustando á Vigil, por fuerza tiene que ser bueno.

¡Adelante Sr. Cura de Carrio!

Y ¡que sea enhorabuena!

También en Teberga hay, al parecer, otro Cura que canta claro á los que tienen el gusto tan estragado que aún no sienten el amargor y fetidez de las deyecciones del papelucho socialista.

Y para atemorizar á ese celoso sacerdote, apela el fracasado concejal ovetense á las amenazas de la difamación.

Pero ese ya es recurso gastado, Vigil.

La mejor recomendación para un sacerdote son las insultos y calumnias de esos libelos difamatorios.

No se necesita más prueba.

¿Critica Vigil á un cura?

Pues no hay más que hablar, ese Cura es virtuoso y sabe hacer bien la puntería....

Y va de curas; porque Vigil los tiene montados en la punta de las narices y no los suelta ni para dormir.

Ahora toca el turno al de Poago, en Gijón, del cual dice horrores dignos de ser llevados á los tribunales.

Ignoro si el Párroco de Poago sabía ya cómo las gasta, *La Escudidera*, aunque tengo motivos para creer que no.

Si así fuese bueno será que se vaya enterando, y ya que es hombre de arranques, como me consta que lo es, vea el digno Párroco si procede *ajusticiar* á Vigil, ó á quien por su conducta tan groseramente le calumnia.

Y desengañese de que los sacerdotes hoy necesitan mucho celo, mucha energía, si, pero también mucha unión y, como diría Trocas, mucha *solidaridad* para meter en cintura á los sinvergüenzas que así despotrican en la prensa.

Resulta mucho más fácil romper un papel que la crisma á un socialista.

Pravia.—Imprenta del Colegio